

DIARIO COMERCIAL.

NUESTRO COMERCIO.

Raro es, que en un pueblo nuevo como éste, pueda citarse con mayores encomios un gremio respetable, que en tan corto tiempo haya sabido colocarse á la altura en que ya se encuentra nuestro inteligentísimo comercio. Por eso, el tiene tanta importancia en la vida activa de esta población, que al querer estudiar nuestra condición doméstica, civil y económica, tendremos siempre que referirnos por completo, á la historia de nuestro comercio local.

Cuando tal hagamos, la vida y desarrollo de nuestro comercio se nos ha de aparecer, muy digno y superior en todo su aspecto más general: á él, todo se lo debemos; lo material y lo moral. Su laboriosidad ha creado los edificios de esta ciudad. Pues cuando las demás poblaciones encontraban después de la Independencia, las habitaciones y moradas que dejara la colonia, aquí el comercio ha tenido que edificar toda la parte material de la ciudad. Esto es asunto de millones, los cuales han podido economizar otros pueblos, para invertirlos en sus negocios. Tam bien le debemos, el amor á sus principios de economía: ésta es sana norma de moral; porque la labor y el ahorro, han sido siempre, puras fuentes de virtud y bienestar. Ahora más, la potente iniciativa de nuestro comercio especialmente, le ha abierto ancho campo á la exploración de nuestros bosques, por medio de la exportación de las maderas tintóreas, de las quinas, el caucho, la tagua, y otros productos vegetales; así como también le prestó mucho vuelo á la agricultura del tabaco y el algodón, haciendo hoy venir nuevos caudales, para las empresas del banano. Al comercio nuestro se le debe principalmente, todo el empuje que hoy tiene la navegación del Magdalena por buques de vapor; así como también, las claras ideas de ese gremio sobre las cosas de la vida, nos trajeron el progreso, en todo sentido, que hoy se nota en esta progresista ciudad, amiga del trabajo y del adelanto.

A pesar de todo este auge de nuestro comercio, él no goza de toda la influencia que debiera tener en la marcha social; porque hoy es quizás, el que en más desventajosas condiciones se encuentra. Aquí se pagan derechos, que en otros pueblos ni se mencionan; y por lo mismo, se gozan de menos prerrogativas. Dependiendo de esto, del descuido de nuestro comercio; pues él entrega sus asuntos en manos de abogados, que todo lo hacen solo con miras políticas. Sin ir muy lejos, y mirando lo que

más salta á la vista, tenemos, que mientras por otras partes siempre se protegen á los constructores, porque los edificios son siempre lo principal, para el incremento de toda ciudad, aquí se gravan tan fuertemente las casas, que por algunas se pagan muy cerca de ciento cincuenta fuertes; además, hay que pagar hasta derechos de andamiaje por cada casa que se construya. Y sin embargo de esto, no hay peores calles en el mundo que las nuestras; no tenemos una casa consistorial; no hay una cárcel que valga la pena; el hospital, es una especie de casa de comunidad privativa y no hay obras pías, ni casas para dementes, ni edificios para escuelas públicas como es debido, ni asilos para inválidos é incurables, ni oficinas de sanidad, ni nada en una palabra.

Todo esto no es debido, á la falta del patriotismo, ni quizás á la escasez de los recursos, puesto que gastamos grandes sumas en bailes y no hay empresa para la cual se solicite, que no se contribuya por casi todos, con gran voluntad. Lo que hace verdaderamente falta, es la influencia directa del comercio en nuestros asuntos sociales; pues ha sucedido, que habiéndose puesto en directo contacto con las pretensiones de los partidos, ha perdido esa preciosa costumbre de transigir, de moderar los ímpetus de las pasiones, lo cual es la mejor cualidad de esa profesión en todas partes. Porque acostumbrada ella, á esas luchas pacíficas de las diarias transacciones, ha aprendido por ese medio, á saber limitar las aspiraciones, á las tendencias realizables. En las utopías seductoras de cierto bando, se deja conducir nuestro comercio por los políticos; y en estas relaciones, sus sentimientos al respecto de las cosas públicas tienen que ser erróneos; puesto que tiene que considerar los asuntos bajo el punto de vista de los partidos, y no por su lado social; de esta manera, los más nobles designios, los acalla siempre, la pasión y el sentimiento de lo personal. De tal modo, que hoy la iniciativa es puramente individual, y no del conjunto: cada cual obra á su manera, y aunque se tome empeño singular, el resultado no corresponde á la voluntad. El esfuerzo no tiene el poder de la compactación; por consiguiente, sus resultados son limitados.

Además, no solamente tiene nuestro comercio la desgracia de estar dividido en nacionalistas, disidentes y radicales, sino también en las agrupaciones de sus respectivas nacionalidades, tan separadas entre sí, que le quitan á ese cuerpo toda su influencia social, desfilarrando los elementos que le quedan, en una causa que

no es la del trabajo y la armonía social. El día es el cual conocemos más desapasionadamente sus propios intereses, y quiere apoyar el bien social, reuniéndose sin distinción de bandos ni de creencias; entonces su apoyo benéfico será un recurso indispensable para el progreso de esta población, y para su bien social y civil. Esto principalmente, cuando siendo nuestro espíritu local perteneciente al orden práctico y del trabajo, hoy nos dejáramos llevar solo de las supercherías de ciertos espíritus mezquinos de intrigantes políticos, y quizás hasta de otras aspiraciones de muy raquítica talla.

El comercio, por razón de su naturaleza, debe separarse de toda causa que no sea la del buen orden; y puesto que no necesita de los puestos públicos, ni los solicita, debe ayudar con su buen sentido práctico, al establecimiento de las sanas doctrinas sociales: así, por su medio, se establecería ese poderio que constituye la voluntad social, que en todas partes dirige la actividad política, sin dejarse arrastrar de las pasiones de esta. Esto le incumbe principalmente, á este gremio juicioso del comercio, que no puede existir en medio de la anarquía de los desórdenes, especialmente, hoy día, en que las tendencias de los Gobiernos europeos, están limitando las funciones del derecho internacional, solo á la relación de las naciones, y dejan libremente al derecho civil, para que proteja por igual á todos los habitantes sometidos á las mismas leyes, sin distinción de nacionalidades. Porque esta última distinción tratan de eliminarla todos los legisladores de hoy, considerando de hecho como nacionalizados, á todos los que por cierta tiempo hayan vivido en un lugar, y mientras tanto, se les ponen ciertos derechos excesivamente mayores que á los naturales, y estos, miran á los extranjeros que no se naturalizan, con mala voluntad y como sospechosos.

En estas amplias vías del renacimiento del derecho democrático, debe adelantarse, nuestro honrado comercio, entrando al servicio de la causa pública, por medio de las próximas elecciones para concejales; pues podría influir en esos nombramientos, y aun prestarse para ejercer esas funciones, todos los que mas simpatizan con el Gobierno y los que mejor conozcan sus propios intereses. Porque indudablemente, en ese honorable puesto de concejal, nuestro comercio podría ayudar mucho á la ciudad con sus advertencias desinteresadas, y sus espontáneas contribuciones para el fomento de todas las necesidades públicas, así como sucederías el día en que algún alto empleado público, pudiese fomentar las obras que más falta nos ha-

cen, en el momento de las elecciones del Distrito.

Por todos estos motivos, comencemos que lamentablemente es está derrochando un caudal de fuerzas útiles en vanas pasiones del momento; declinemos por esto, que es necesario que el comercio con su clara percepción de las cosas, se independice de todo espíritu degenerador, para poner su poderoso contingente, al servicio de la buena causa de la civilización, fomentando el derecho en la inquebrantable base del buen orden, de la armonía social y del desarrollo de las necesidades públicas.

JUSTO CARRANZO.

MISCELANEA

EL ASUNTO PUNCHARD.

Diríase que la Naturaleza, al crear ese islote árido y siempre cubierto de brumas que separa de Europa el Paso de Calais; ese islote cuyos habitantes, con energía extraordinaria y audacia increíble, se ha lanzado á la conquista del mundo empleando la fuerza y la astucia por armas de combate; diríase, repetimos, que se propuso tener á la humanidad, durante algunos siglos, en la mayor agitación. Desde Enrique VII, aquel monarca avaro que puso los cimientos de la grandeza industrial de Inglaterra, hasta el momento actual; cuántos enredos producidos por la ambición desmedida y la perfidia cartaginesa de Albión! Hoy que se halla en el apogeo de su grandeza y, podemos decir, en vísperas de su decadencia y ruina, no hay pasaje del globo de alguna importancia donde no esté en lucha abierta por fijar su dominio, ó como si se dijera, por abrir á la insaciable sed de riqueza que caracteriza á sus hijos, nuevas fuentes. La hallaréis en el Niño, en el Sudan, en el Congo, en Marruecos; la hallaréis en Asia oponiéndose á la expansión de Rusia, y tratando de extender, desde la India, por sobre todos aquellos inmensos territorios, sus poderosos tentáculos; la hallaréis en Europa, intrigando en Turquía y dejándole á España en el pecho la daga traidoramente clavada; — la hallaréis en América, en el mar de Behring buscando canchales con los Estados Unidos, en la colonia de Beliza hurgando á México, en Centro-América abusando de aquellas pequeñas Repúblicas, metiendo el brazo en el Orinoco, tratando de introducirse en el Amazonas por el Brasil, situándose á la embocadura del Plata en las Mayinas, y finalmente, sosteniendo las profundidades del Magdalena.

En Venezuela el credo británico se llama la cuestión del Esquibo; en el Brasil, la cuestión de